

La democracia parlamentaria en la República de Weimar: entre el mito y la realidad

*José Ramón Díez Espinosa
Universidad de Valladolid*

Ochenta años después de la proclamación de la República de Weimar en noviembre de 1918, la primera experiencia de democracia parlamentaria en Alemania aún se mantiene como el símbolo por excelencia del amplio y generalizado proceso de descomposición que experimenta la democracia parlamentaria europea entre 1920 y 1940. A ello han contribuido razones históricas, ideológicas y políticas. La eliminación intelectual o/y física de cualquier tipo de oposición al nacionalsocialismo dentro de Alemania, el valor ejemplar de la República de Weimar en la inmediata evolución de otras democracias europeas, la ininterrumpida expansión territorial que emprende el Tercer Reich por el viejo continente, y la inequívoca responsabilidad alemana en el estallido de un conflicto internacional en el que a partir de 1939 se dirime la hegemonía mundial constituyen una carga histórica de tal envergadura que la existencia de las naciones europeas durante y después de la Segunda Guerra Mundial se vincula de un modo u otro con la dictadura nazi. La herencia del pasado es aún mayor en la historia nacional de la propia Alemania, toda vez que a la derrota militar del Tercer Reich en 1945 pronto le acompañaría la división del territorio y la institucionalización de dos Estados netamente diferenciados.

El debate sobre el espectacular retroceso de las instituciones liberales y su imparable sustitución por fórmulas antidemocráticas ha terminado por acuñar una simbología específica: un lugar, Alemania, y una fecha, el 30 de enero de 1933. La jornada del 30 de enero de 1933 en Alemania se ha elevado a la categoría de paradigma de la quiebra de las democracias y del ascenso al poder de las fuerzas antidemocráticas. Sin duda, el episodio alemán ha capitalizado el interés historiográfico y ha eclipsado el tratamiento de otras variantes nacionales: el nombramiento de Adolf Hitler como canciller del Reich alemán ha sido calificado como el año 0 en la reciente historia de Europa, el inicio del fin del mundo civilizado, la línea de separación entre el reino de la civilización y el triunfo de la barbarie, etc.

En tanto símbolo de la crisis civilizatoria europea, la desafortunada experiencia democrática de la República de Weimar y la instauración de la dictadura nazi han

sido interpretadas a la luz de argumentos muy diversos, incluso contradictorios¹. La polémica sobre la fallida factura de la primera democracia parlamentaria alemana puede articularse en torno a dos grandes temas:

Una primera cuestión, de naturaleza político-ideológica, se refiere a la existencia de un profundo abismo que media entre el sistema político establecido en Weimar y los intereses de la sociedad alemana de posguerra. La democracia parlamentaria difícilmente se adapta a las necesidades históricas del momento. De la discordancia y falta de correspondencia se seguiría la desaparición del sistema weimariano por la falta de apoyo popular. Una segunda cuestión, de índole socio-económica, se interesa por la grave incidencia de la crisis económica y social desatada desde 1929. La convulsión de la economía internacional se traduce en Alemania en la búsqueda de soluciones antidemocráticas. La quiebra de la democracia estaría emparentada con la depresión de los años treinta.

En torno a estas dos cuestiones, que lejos de ser excluyentes aparecen con frecuencia entrelazadas, la historiografía ha elaborado múltiples lecturas sobre el tránsito de la democracia parlamentaria weimariana a la dictadura nacionalsocialista. En estas páginas se pretende pasar revista a cinco de las tesis y discursos más difundidos sobre la quiebra de la democracia weimariana.

1. Un primer discurso, de marcado talante nacionalista, afirma que el sistema de Weimar fracasa en la medida en que supone una ruptura en el desarrollo histórico

¹ El autor ha optado por aligerar de aparato crítico el contenido de esta reflexión sobre la República de Weimar y remite al lector a obras de síntesis sobre la experiencia democrática alemana, en especial, DÍEZ ESPINOSA, J.R., *La crisis de la democracia alemana. De Weimar a Nuremberg*, Ed. Síntesis, Madrid, 1996, y *Sociedad y cultura en la República de Weimar. El fracaso de una ilusión*, Secretariado Publicaciones Universidad de Valladolid, 1996. De modo más general, ABEL, T., *Why Hitler came into Power*, Harvard University Press, 1986; AYÇOBERRY, P., *La question nazie*, Ed. Seuil, Paris, 1979; BROZAT, M., *Hitler and the Collapse of Weimar Germany*, Berg, New York, 1987; ELEY, G., *From Unification to Nazism*, Allen & Unwin, Boston, 1986; FEUCHTWANGER, E.J., *From Weimar to Hitler. Germany, 1918-1933*, Hampshire, 1993; GAY, P., *La cultura de Weimar. La inclusión de lo excluido*, Argos Vergara, 1984; GORDON, J.C.B. (ed.), *German History and Society, vol. 2: 1918-1945. A reader*. Berg, Oxford, 1988; HARSCH, D., *German Social Democracy and the Rise of Nazism*, Chapel Hill, 1993; HEIBER, H., *The Weimar Republic*, Oxford, 1993; HERF, J., *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, 1990; KERSHAW, I., *The nazi dictatorship*, Edward Arnold, London, 1989; KOLB, E., *Die Weimarer Republik*, München, 1983; KREBS, G. - SCHNEILIN, G. (eds.), *Weimar ou De la démocratie en Allemagne*, Publications de l'Institut d'Allemand, Paris, 1994; KÜHNEL, R., *La República de Weimar*, Ed. Alfons el Magnànim Valencia, 1991; LANGE, A., *Berlin in der Weimarer Republik*, Dietz Verlag, Berlin, 1987; MOMMSEN, H., *From Weimar to Auschwitz. Essay in German History*, Cambridge, 1991; PEUKERT, D.J.K., *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassischen Moderne*, Frankfurt, 1987; PHELAN, A. (ed.), *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, Ed. Alfons el Magnànim, Valencia, 1990; REICHEL, P., *La fascination du nazisme*, Paris, 1993; RICHARD, L., *La vie quotidienne sous la République de Weimar*, Hachette, 1983; RUGE, W., *Deutschland von 1917-1933*, Berlin, 1982; SCHREIBER, G., *Hitler. Interpretationen 1923-1983*, Darmstadt, 1984; STÜRMER, M. (Hg.), *Die Weimarer Republik*, Belagerte Civitas, Königstein, 1980; WILLET, J., *L'esprit de Weimar. Avant-gardes et politik, 1917-1933*, Paris, 1991.

alemán e introduce en el Reich el dominio de valores occidentales ajenos a la tradición nacional.

2. Una segunda tesis tiene un contenido internacionalista y sostiene que la democracia parlamentaria fracasa porque sólo acertó a abrirse camino gracias a la traición y el engaño que los dirigentes republicanos perpetraron contra los intereses cardinales de las clases trabajadoras alemanas.

3. Un tercer argumento vincula la quiebra democrática al estallido de la crisis de 1929. La convulsión transforma la democracia alemana en un sistema incapaz de satisfacer las necesidades materiales de la población. La crisis se interpreta en términos de una mayoría de la población que reniega del credo democrático y abraza la opción nacionalsocialista.

4. De manera más directa, una cuarta corriente, de filiación marxista, considera que la desaparición de la democracia responde a las dificultades crecientes de la burguesía alemana para mantener su dominación de clase. Una minoría de la sociedad, que sin embargo concentra la propiedad de los medios de producción, considera conveniente la sustitución de la democracia parlamentaria por un régimen antidemocrático que defienda con mayores garantías sus intereses de clase.

Pese a la disparidad del bagaje intelectual y metodológico de sus portavoces, las cuatro argumentaciones referidas presentan un denominador común, que no es otro que la conversión de la figura de Hitler y de la jornada del 30 de enero de 1933 en protagonistas principales de la crisis de Weimar. Así, la primera variante considera el ascenso de Hitler a la cancillería como el momento decisivo en que se pone fin a la desviación operada durante la etapa republicana y se reemprende la restauración de ciertos valores alemanes que parecían ausentes o infravalorados desde la posguerra. Hitler supone la *salvación*: con su llegada al poder, la nación alemana despierta del letargo y abatimiento republicanos. En la segunda tesis, de nuevo Hitler es el resultado final de la suma de desgracias e infortunios republicanos. Sin embargo -y aquí reside la diferencia-, el éxito político del partido nazi el 30 de enero de 1933 no debe entenderse en términos de liberación sino, al contrario, de un *castigo* para los alemanes: el régimen de Hitler se cierne sobre el pueblo alemán por no haber emprendido a su debido tiempo la revolución socialista. Por su parte, la tercera y la cuarta tesis se ocupan de racionalizar la irrupción espectacular de Hitler y su partido en la escena política alemana a partir del comportamiento de la burguesía y de la movilización del conjunto de la sociedad alemana en favor de una opción política menospreciada años atrás.

5. Equidistante de los planteamientos anteriores, una quinta tesis desplaza las prioridades del análisis del fracaso republicano. En esta ocasión, el interés se centra en la *naturaleza y entramado de la democracia alemana* y posterga a un segundo plano la figura de Hitler. Ahora no se persigue tanto la pista de Hitler y el partido nazi, desde su fundación hasta sus éxitos políticos, como la pista de la República de Weimar, desde su fundación hasta su crisis final. Según este último discurso, el tránsito desde la democracia parlamentaria a un régimen antidemocrático se ajustaría

a tres notas fundamentales: primera, la inexistencia en el nacimiento de la República de carga alguna que mediatice de manera decisiva la ulterior evolución del sistema; segunda, la debilidad o el déficit democrático de la sociedad alemana, déficit manifiesto en los años veinte y anterior no sólo al estallido de la crisis social y económica de 1929 sino también y especialmente a la espectacular irrupción en la escena política de Adolf Hitler y el partido nazi; y tercera, una diferente lectura de las repercusiones políticas de la crisis social y económica de 1929. El balance de la crisis final de la democracia alemana no consistiría en la sustitución del discurso democrático por otro de naturaleza antidemocrática sino en el relevo y el reemplazo de un discurso antidemocrático por otro discurso renovado pero también antidemocrático.

El mito de nacionalistas e internacionalistas: la inapropiada naturaleza del régimen republicano

Las dos primeras interpretaciones rastrean las causas del fracaso de la República de Weimar en la inapropiada o inadecuada naturaleza del régimen establecido en la posguerra. A similar conclusión se llega, sin embargo, desde puntos de partida y formulaciones teóricas tan dispares como las elaboradas por la derecha nacionalista alemana y la izquierda internacional comunista. El origen intelectual de ambas interpretaciones es muy diferente, lo que no impide que uno y otro discurso presenten hasta siete rasgos comunes:

1. Ambas tesis *son tan antiguas* como la propia República de Weimar. Su origen arranca del momento mismo de creación de la República.
2. Ambas argumentaciones parten del supuesto de que el *régimen republicano* que se proclama en noviembre de 1918 y se institucionaliza en la Constitución del verano de 1919 -la llamada Constitución de Weimar- *sanciona el triunfo en Alemania de la democracia parlamentaria*, fórmula característica de los Estados de Europa Occidental antes de la Gran Guerra y que se extiende por toda Europa en la posguerra.
3. Identificado el régimen alemán con la democracia parlamentaria, ambos discursos *rechazan por principio la validez* del sistema por considerar que sus reglas de juego no se adecúan a las necesidades y urgencias de la sociedad alemana de posguerra.
4. Ambos discursos desenmascaran con claridad y sin mayores problemas a los *responsables del infortunio* y sitúan en el centro de sus iras, aunque por motivos distintos, al partido y organización de la *socialdemocracia alemana*. Los socialdemócratas son los artífices del engaño y la traición.
5. Siendo la democracia parlamentaria un sistema impuesto contra la voluntad popular, pesa o recae sobre la República de Weimar, desde su nacimiento, una *especie de pecado original* que ha de maniatar su postrera evolución. Surge así la común predicción de una caída inevitable de la democracia a corto plazo.

6. Los detractores de la experiencia republicana comulgan con una *misma estrategia para precipitar la caída* de la desvirtuada República: desde fuera del sistema, mediante el *putschismo* y el llamamiento a la insurrección; desde dentro del sistema, a través del cauce electoral para poner fin a la experiencia democrática.

7. Por último, ambas interpretaciones se congratularán de la *postrera redención del pecado original* que recae sobre la República de Weimar. La negativa experiencia parlamentaria sirve de aprendizaje al pueblo alemán para su definitiva superación con el apoyo popular al establecimiento de un sistema político esta vez más acorde con los auténticos deseos de la sociedad alemana.

Junto a rasgos comunes, las dos tesis críticas con la naturaleza de la República de Weimar se diferencian en la identidad de sus portavoces y en la naturaleza de los argumentos esgrimidos a propósito de la inadecuación de la democracia parlamentaria a los intereses de la sociedad alemana. Para los nacionalistas, la democracia parlamentaria es inapropiada porque es ajena a la tradición alemana e implica la imposición de valores políticos y culturales occidentales sin arraigo en la evolución histórica alemana. Para los internacional-comunistas, la democracia parlamentaria es inapropiada porque no constituye el régimen deseado por la mayoritaria clase trabajadora, defensora a ultranza de un sistema similar al implantado por los bolcheviques en la Rusia soviética.

La tesis nacionalista. La República como ruptura del desarrollo histórico alemán

Los nacionalistas alemanes proclaman la discontinuidad de la experiencia democrática en la evolución histórica nacional contemporánea. El rechazo de la República se manifiesta en una doble vertiente. La descalificación de la democracia parlamentaria proviene, en primer lugar, de un sector de la intelectualidad alemana y de la burguesía culta (en concreto, los componentes de la llamada *revolución conservadora*) que no encuentra razón alguna para legitimar la forma republicano-parlamentaria en cuanto que frustra las características esenciales que han revestido el Estado alemán desde su unificación en el siglo XIX. Las críticas son compartidas y hábilmente difundidas, en segundo lugar, por los partidos políticos conservadores y toda suerte de agrupaciones de la derecha alemana. Unos y otros, al unísono, reclaman la atención sobre la peligrosa alteración, cesura o interrupción del proceso histórico que supone la República de Weimar.

El argumento condenatorio de la democracia parlamentaria se expresa en los siguientes términos²:

1º El mundo intelectual alemán de los años veinte está ganado por la llamada ideología del *Sonderweg*, es decir, la convicción de que existe una vía de evolución política y cultural específicamente alemana que nada tiene que ver con la evolución

² DÍEZ ESPINOSA, J.R., *La crisis de la democracia alemana*, op. cit., pp. 20-34.

política y cultural que ha caracterizado a los principales países occidentales (en especial, Francia y Gran Bretaña). Académicos y profesores universitarios sujetos al historicismo alemán, escritores y otros portavoces de la *revolución conservadora*, etc., se convierten en defensores de un tipo de evolución que ha dotado a la Alemania unitaria de valores e instituciones propias, ajenas a los principios y categorías tan en boga en otros estados europeos.

2º Interpretada en términos positivos la singular o específica evolución alemana, la historiografía *condena la República de Weimar* por cuanto materializa una concepción occidental del Estado y de las ideas políticas, y sirve de vehículo a la penetración y dominación de valores, comportamientos e instituciones que pueden ser habituales en las naciones de Occidente pero que resultan totalmente ajenos a la esencia e identidad nacional alemanas. La República de Weimar es una experiencia *undeutsch* (no alemana), carente de vinculación o nexo alguno con la historia del Estado alemán unificado.

3º La imposición de los valores foráneos y la consiguiente desviación y ruptura de la específica vía alemana de evolución política y cultural sólo ha sido posible por el triple trauma que supone la Gran Guerra para la conciencia alemana: 1918 es un año trágico para la historia alemana por cuanto representa el derrumbe de la monarquía guillermina, la derrota en la guerra y el necesario cumplimiento de las exigencias formuladas por los vencedores y, por último, la instauración de un sistema parlamentario abanderado por la socialdemocracia alemana. Así pues, guerra y derrota, revolución y república amenazaban con disolver los valores eternos alemanes.

4º Por su parte, los *partidos políticos* que agrupaban a la derecha alemana se encargarían de difundir y popularizar entre el electorado republicano la idea de que el sistema de Weimar no era más que un engendro que rompía con la tradición política y cultural alemana y que la República parlamentaria era una imposición occidental ajena a las esencias nacionales. La derrota en la guerra, la revolución y la República jalonan la traición a los intereses eternos de Alemania y la objetivación del dominio político y económico del exterior. Traición y supeditación a los intereses occidentales que ha sido propiciada por los socialdemócratas, artífices de la república y de la instauración de un sistema democrático, calificados desde entonces como los *criminales de noviembre*. La espectacular irrupción de Adolf Hitler entre 1930-1932 convierte al partido nazi en el amplificador por excelencia de la lucha contra la decadencia nacional, hasta el extremo de que muchos alemanes atribuirían sin dudar a Hitler y al resto de dirigentes nazis la paternidad de la idea de ruptura.

5º Finalmente, el nombramiento de Hitler como canciller y la instauración del Tercer Reich sirven para confirmar dentro y fuera de Alemania la idea de que los años republicanos habían significado un mero paréntesis entre dos períodos puramente germánicos como fueran el Imperio Guillermino y el Tercer Reich. *El pecado original que recayera sobre la nación alemana era redimido* por obra y gracia del movimiento nacionalsocialista. Sólo entonces, Alemania entroncaba de nuevo con su pasado.

La tesis internacionalista. La República como engaño a las clases trabajadoras

Propagada en el seno de la Internacional Comunista recién constituida, dirigentes bolcheviques, comunistas alemanes y comunistas europeos denuncian la existencia de una pesada carga que hipoteca desde su fundación la trayectoria de la República parlamentaria. La suerte de pecado original que mancilla el nacimiento y evolución de la República estriba en esta ocasión en el establecimiento de una democracia parlamentaria cuya legitimidad no proviene del apoyo sincero otorgado por las masas alemanas sino de la manipulación, el engaño y la traición de la socialdemocracia a los intereses de las clases trabajadoras. El argumento aquí planteado puede resumirse en los siguientes términos³:

1° *El punto de partida corresponde a la gran convulsión y el deseo de profundos cambios* que provoca la Gran Guerra en Europa, y especialmente en Alemania. La sociedad alemana, cansada de la contienda y fuertemente influenciada por los ideales bolcheviques, aprovecha la derrota en la guerra para hacer tabla rasa del sistema político. El pueblo alemán proclama la República y aspira a proseguir el camino emprendido por la revolución socialista en la Rusia soviética en 1917. Alemania estaba llamada a convertirse en la inmediata aliada de la Rusia revolucionaria. Los sueños de Marx y Engels estaban a punto de convertirse en realidad.

2° *Demostración de los ideales socialistas*. El futuro del Reich pasaba por una república socialista de consejos y no por una república parlamentaria de signo burgués. La prueba inequívoca de que la *sombra de Moscú* se cernía sobre Alemania se concreta en la asombrosa similitud de ambos procesos revolucionarios (el ruso de 1917 y el alemán de 1918-1919): desarrollo en Alemania de un movimiento popular-aparición de los consejos de obreros y soldados- que emula la actividad de los soviets rusos; presencia en Alemania de una vanguardia del proletariado compuesta por el Grupo Espartaco de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht a quienes se reconoce como los «bolcheviques alemanes»; establecimiento inmediato en Alemania, tras la proclamación de la República, de una dualidad de poderes -gobierno provisional y Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados- que reproduce fielmente la caracterización del proceso revolucionario ruso; clara percepción entre la burguesía y los sectores conservadores de la sociedad alemana de que la proclamación de la República en Alemania abría las puertas del Reich a la dictadura de los consejos. El socialismo es imparable y atemoriza a las clases dirigentes del Imperio.

3° *Traición*. El previsible rumbo del proceso revolucionario alemán *se trunca, sin embargo, por la alianza* de la socialdemocracia alemana con las antiguas clases dominantes (burguesía y ejército), con el fin de contrarrestar el deslizamiento de la revolución hacia posiciones más radicales, es decir, espartaquistas-comunistas. La República de Weimar se levanta sobre el pacto suscrito por los grandes propietarios

³ DÍEZ ESPINOSA, J.R., *La crisis de la democracia alemana*, op. cit., pp. 62-87.

(junkers) y los representantes del capital monopolista, quienes no vacilan en vincularse a los partidos burgueses y socialdemócratas de derechas para mantener su preeminencia.

4° *Consecuencias de la traición: Hitler.* La traición tiene como resultado postrero el derrumbe total de la República en 1933. La actitud de la socialdemocracia ha abocado a la República a un *callejón sin otra salida que el acceso de Hitler* a la cancillería y la implantación de la dictadura nacionalsocialista. Y ello por dos razones. La primera, porque la tragedia alemana conlleva la *imposición de un régimen que carece del apoyo popular* necesario para su renovación y consolidación. Se asiste al rechazo patológico que muestran las clases trabajadoras hacia una República de Weimar que en modo alguno podía satisfacer sus anhelos y preocupaciones. La segunda, porque la *burguesía alemana considera la República como un mal pasajero y provisional*. Tan pronto se elimina la amenaza comunista, la burguesía alemana reconsidera el pacto y se vuelca hacia la dictadura nazi. La burguesía y el ejército alemanes en ningún momento abandonan la hostilidad a la democracia y se disponen desde 1919 a asestar el golpe definitivo a la República con la aparición del espectro fascista. La alianza socialdemócrata se vuelve tarde o temprano contra sus más destacados protagonistas, los socialdemócratas. Los mismos compañeros de viaje de la socialdemocracia en la lucha sostenida contra el espartaquismo y comunismo no tardarían en desembarazarse de la presencia socialista para destruir la República democrática. La República de Weimar fue concebida por el gran capital como un Estado provisional, a manera de una «república por un tiempo», a la que se debería suprimir tan pronto como fuera posible. Y la crisis de 1929 brinda la oportunidad esperada.

5° *Redención del pecado en la República Democrática Alemana.* El pecado original del régimen de Weimar sólo pudo ser redimido en la inmediata segunda posguerra con la fundación de la República Democrática Alemana en 1949. El Estado de obreros y campesinos materializa las expectativas de las clases trabajadoras y pone fin a la dominación burguesa. Las décadas pasadas sólo han servido para la preparación del triunfo socialista, lo mismo que la creación de la RDA es la culminación de la lucha secular protagonizada por las clases trabajadoras en su camino hacia el poder. Con la fundación de la RDA concluye el ciclo centenario de lucha del pueblo alemán en su marcha hacia la liberación.

El mito de marxistas y no marxistas: la crisis económica y la quiebra de la democracia weimariana

La tercera y la cuarta tesis sobre el fracaso de Weimar han hallado las claves de la quiebra democrática en las consecuencias sociales, económicas y políticas que provoca la crisis de 1929 y la depresión de los años treinta. Se trata del planteamiento

más extendido y aceptado de la crisis de la democracia. Como sucediera con las interpretaciones a propósito de la inapropiada implantación de la democracia parlamentaria, las tesis relativas a la incidencia de la crisis económica presentan elementos de afinidad y de discrepancia.

En cuanto a sus rasgos comunes, los dos discursos parten de un *supuesto similar* en torno a la relativa estabilidad y arraigo de la República de Weimar en la segunda mitad de la década de los veinte; asimismo, ambas formulaciones concluyen de manera unánime en que la crisis económica es el factor desencadenante de la transformación del Reich alemán de democracia en dictadura.

1. El primer punto de coincidencia se refiere a la *normalización de la experiencia republicana*. Se reclama la atención sobre la ausencia desde mediados de la década de las numerosas crisis internas y externas, políticas y económicas, que habían prolongado la posguerra alemana hasta 1923. En favor de la supuesta estabilidad republicana se aportan diversos argumentos. En el plano político, la estabilidad de la República de Weimar se traduce en la normalización de la democracia parlamentaria pluripartidista: el alto índice de participación de los ciudadanos en los procesos electorales, por encima del 75%, refleja el arraigo de la democracia en la sociedad alemana; los procesos electorales se suceden con normalidad y permiten la renovación de los representantes populares en el Reichstag y en los parlamentos regionales; de igual modo, se procede a la elección democrática del Presidente de la República.

En el terreno económico, la crisis de la posguerra ha dado paso a una etapa de estabilidad favorecida por la entrada de capital extranjero, básicamente de Estados Unidos. Los índices de producción de la preguerra se recuperan, cuando no se sobrepasan. Toda Alemania está en construcción. El Reich olvida la tristeza de la posguerra y vive sus felices años veinte. De otro lado, el extraordinario desarrollo de la investigación, la experimentación y las manifestaciones estéticas -la llamada *cultura de Weimar*-, pone de relieve que la libertad que confiere la República da alas a la capacidad creativa alemana. A la normalización política, económica y social le acompaña, en último término, un nuevo talante en las relaciones internacionales. Alemania ha enterrado las reivindicaciones exteriores y la República convive pacíficamente con las naciones vecinas. Pruebas de ello, la solución del problema de las reparaciones y la reconciliación franco-alemana gracias a la estrecha colaboración entre los Ministros de Exteriores Aristide Briand y Gustav Stresemann. Ambos políticos son los artífices de los Acuerdos de Locarno y reciben en 1928 el Premio Nobel de la Paz en reconocimiento a su labor por la pacificación europea. Asimismo, Alemania ingresa en la Sociedad de Naciones.

2. El segundo rasgo común a ambas tesis desvela una *clara complicidad entre la crisis económica y la instauración de la dictadura nazi*. El año 1929 es el punto de partida de un quinquenio traumático para Alemania. Desde 1929 la suerte de la República se halla comprometida: desempleo, miseria, endeudamiento, bancarrota, ausencia de mercados exteriores, etc. La crisis transforma en realidad lo que meses

atrás sólo podría ser producto de la imaginación: el *doctor Caligari se reencarna en Hitler*.

La relación causa-efecto entre la depresión económica y la dictadura nazi se compueba sin mayores dificultades: antes de la crisis, el partido nazi apenas supera la condición de grupúsculo en el Reichstag; durante la crisis, Hitler se convierte en el jefe del grupo parlamentario más poderoso de Alemania. La evolución del desempleo y del respaldo político al partido nazi así lo refleja, pues la tasa de paro se dispara en la misma proporción que la cifra de adheridos, simpatizantes o votantes del partido nazi: el desempleo afecta al 33% de la población activa en 1931 y a más del 45% en 1932; mientras, el partido nazi cosecha casi 14 millones de votos (más del 37% de los votos). En definitiva, la dinámica de la crisis económica y social conlleva la radicalización de la sociedad alemana, la proliferación de los conflictos callejeros, el descrédito del sistema parlamentario y la búsqueda de soluciones alternativas.

Notorias son también las *discrepancias* entre ambos discursos -marxista y no marxista- a propósito de la naturaleza de la crisis económica y la asignación de responsabilidades sociales en las transformaciones políticas. Cada una de ellas ofrece, pues, un tipo de lectura de los acontecimientos de 1929-1933.

La tesis no marxista: el suicidio de la República

La aproximación no marxista considera que la transición desde la democracia a la dictadura debe entenderse en los siguientes términos⁴:

1º La crisis económica es un accidente, una perturbación cíclica clásica, correspondiente a la fase descendente del ciclo económico y como tal transitoria.

2º La crisis económica internacional presenta en Alemania una mayor intensidad por la peculiar dependencia de la economía alemana respecto de la inversión extranjera. Si la entrada de capital exterior facilitó la estabilidad entre 1924 y 1928, la retirada de los activos tiene efectos contrarios. Alemania se ve privada del maná que supuso el crédito de Estados Unidos.

3º La crisis genera una desilusión creciente en la sociedad alemana. El fantasma de la hiperinflación y de la posguerra vuelve a acompañar a los alemanes. Millones de votantes, de todas las capas sociales, reniegan de la democracia parlamentaria y dirigen su preferencia política hacia el partido nazi.

4º En definitiva, un golpe de fortuna hace de la crisis el principal aliado de Hitler. La democracia alemana engendra su propio verdugo. Así se formula la tesis del suicidio de la República de Weimar.

⁴ DÍEZ ESPINOSA, J.R., *La crisis de la democracia alemana*, op. cit., pp. 118-122.

La tesis marxista: el asesinato de la República

La lectura marxista efectúa un tratamiento diferenciado de la crisis⁵:

1º La depresión no es un accidente, sino la manifestación de la decadencia del sistema capitalista. El colapso del sistema económico es inevitable.

2º Además, la crisis repercute sobremanera en los intereses de la clase burguesa y añade una dificultad insuperable a la obtención de los beneficios económicos. Es el capital alemán el que financia el movimiento nacionalsocialista con el objetivo de poner fin a la democracia, maniar el movimiento obrero, e instaurar una dictadura que sí permita recuperar el nivel de beneficios capitalistas.

3º La responsabilidad de la quiebra democrática debe asignarse, básicamente, a las maniobras de la burguesía. Financiado por el capital, el movimiento nazi se apresta a engañar al conjunto de la sociedad alemana con promesas interclasistas.

4º En definitiva, Hitler es un instrumento en manos de la burguesía. En tales términos se encierra la tesis del asesinato de la República de Weimar.

Del mito a la realidad. Una historia propia de la República de Weimar

La quinta tesis aquí presentada reclama una nueva visión de la República de Weimar con el fin de contrarrestar la atracción hipnótica que ha ejercido el ascenso de Hitler al poder. La trascendencia internacional de la dictadura nacionalsocialista ha privado de una historia propia a la República de Weimar, experiencia democrática que sólo ha concitado interés en tanto antesala y punto de encuentro con la tragedia del nacionalsocialismo. Esta mediatización es notoria en las cuatro tesis ya referidas, más preocupadas por explicar el fenómeno nazi que el derrumbe mismo de la República de Weimar. En todos los casos, el dilema de Weimar parece consistir, en esencia, en la antítesis planteada entre la democracia y el nacionalsocialismo. Se trata ahora de corregir o matizar el excesivo reduccionismo político o económico de los argumentos anteriores.

Primer argumento: la inexistencia de un pecado original

La tesis rechaza, en primer lugar, la existencia de pecado original alguno que haya hipotecado de modo decisivo e irreversible la ulterior evolución de la democracia parlamentaria⁶. Es cierto que el nacimiento de la República no tiene lugar en

⁵ DÍEZ ESPINOSA, J.R., *La crisis de la democracia alemana*, op. cit., pp. 122-150.

⁶ DÍEZ ESPINOSA, J.R., *Sociedad y cultura en la República de Weimar*, op. cit., pp. 63-84.

condiciones óptimas, más bien la República es un régimen que nace de la derrota en la guerra y del inesperado hundimiento del sistema guillermino. Incluso puede argumentarse que las fuerzas políticas responsables de la institucionalización de la democracia recibieron involuntariamente el poder sin haberlo conquistado. Pese a lo anterior, *la posibilidad de transformar Alemania en una democracia parlamentaria se abre camino con fuerza en la posguerra.*

El nacimiento de la primera tentativa de democracia parlamentaria de partidos concita el apoyo casi unánime de la sociedad alemana. Las elecciones constituyentes de 1919 demostraron que la transformación de Alemania en una democracia parlamentaria ni respondía a una imposición de las potencias vencedoras ni suponía una experiencia desfasada en relación con el régimen bolchevique de la Rusia soviética. Con motivo de las primeras elecciones los alemanes hacen oídos sordos a los cantos de sirena de quienes abogaban por el retorno al pasado y de quienes apostaban por la huida hacia un incierto futuro. La convocatoria se salda con el rotundo fracaso de los radicalismos de izquierda y de derecha.

En primer lugar, la sociedad alemana *rechaza con energía la emulación de las prácticas y experiencias de los vecinos orientales de la Rusia soviética.* Las proclamas de abstención lanzadas por el partido comunista (K.P.D.) y algunos grupos anarquistas, denunciando el juego vacío y estéril de la democracia burguesa, hallaron muy escaso eco, según refleja el elevado grado de participación alcanzada (el 83% de los electores). De los 36.8 millones de alemanes censados, cerca de 30,5 millones decidieron intervenir directamente en la construcción de una Alemania republicana, democrática y parlamentaria. En segundo lugar, *el pasado deja de constituir un punto de referencia válido en Alemania.* Partidos conservadores y nacionalistas cosechan un singular fracaso y el primer Reichstag de la República acoge en su seno muy pocos adeptos del sistema monárquico. El enfrentamiento con la República no parece por el momento un convincente argumento político; las opciones monárquicas y conservadoras representan una mínima porción de los elegidos (14.7%). No hay posibilidad de retorno. Por último, el voto de la sociedad alemana permite la *formación de una coalición mayoritaria de centroizquierda -la llamada coalición de Weimar-,* compuesta por la socialdemocracia y el centro liberal y católico. Los tres partidos aglutinan hasta el 76% de los votos, es decir, concitan el apoyo de tres de cada cuatro alemanes.

Estos tres partidos conforman la coalición o **ideología de Weimar.** El consenso se fundamenta en los siguientes términos. Primero, sanción del principio de la democracia parlamentaria con la afirmación de la soberanía del Parlamento cuya legitimidad proviene del voto democrático -universal para hombres y mujeres- depositado en las urnas. Segundo, búsqueda de la democracia social mediante la adopción de las reformas oportunas que concilien los intereses de los alemanes y permitan la integración de las diversas clases sociales en el Estado republicano. Y tercero, reconciliación y convivencia pacífica con las potencias europeas.

Con el respaldo de más de 23 millones de alemanes, los partidos de la coalición

de Weimar tratarán de materializar en la Constitución el dominio de la democracia parlamentaria y social. En principio, pues, «los hombres del régimen de Weimar», socialdemócratas, católicos y liberales disfrutaban del mayoritario respaldo de la sociedad alemana.

Segundo argumento: las debilidades internas de la democracia antes de la crisis de 1929

Debe considerarse, en segundo lugar, la pérdida progresiva de eficacia y validez de la ideología de Weimar como fuerza inspiradora de la convivencia alemana. Pérdida de valor que se hace patente antes del estallido de la crisis de 1929. En vísperas de que la crisis internacional alcance el territorio alemán, la democracia parlamentaria y social difícilmente responde a las señas de identidad del proyecto inicial definido en la ciudad de Weimar. Una década de convivencia republicana basta para identificar las grietas de la democracia parlamentaria: *la República parlamentaria se mantiene como institución pero no como cultura de los ciudadanos alemanes.*

El pregonado espíritu de reconciliación interior y exterior había dejado muy pronto de inspirar la convivencia democrática alemana. Muy al contrario, la cultura política de la República de Weimar se caracteriza por el férreo enfrentamiento -y no el diálogo- de las opciones ideológicas y políticas presentes en Alemania. La República siembra la discordia donde antes reinaba la unidad y actualiza viejos antagonismos nunca superados. La cultura política republicana se singulariza asimismo por la creciente exclusión -y no la integración- de la sociedad en la democracia parlamentaria. En los años veinte, la democracia parlamentaria alemana es, en cierto modo, una *democracia al revés.*

La confrontación ideológica: inexistencia de una Weltanschauung uniforme

La principal debilidad de la experiencia republicana proviene de la *inexistencia de un proyecto definido de convivencia nacional e internacional que sea aceptado por el conjunto de los alemanes.* La consolidación del proyecto republicano requería una *Weltanschauung radicalmente homogénea* que permitirá superar el trauma de la guerra y acometer con un mínimo de cohesión nacional y certidumbre el futuro. Sin embargo, nada de esto ocurrió. La historia de la República de Weimar consiste en una secuencia ininterrumpida de exclusiones y marginaciones respecto del proyecto inicial consensuado en Weimar⁷. En el preciso instante en que la República se define como una democracia que aspira a canalizar los intereses y conflictos del conjunto de la sociedad hace su aparición en Alemania la constelación básica y fatal de fuerzas que

⁷ DÍEZ ESPINOSA, J.R., *Sociedad y cultura en la República de Weimar*, op. cit., pp. 87-121.

amenaza por partida doble la consolidación de la democracia parlamentaria de Weimar: una amenaza de la izquierda y una amenaza de la derecha. Apenas la República da sus primeros pasos en el aprendizaje de la democracia parlamentaria cuando ya irrumpen en la escena alemana dos ideologías antisistema, dinámicas y bien estructuradas.

En primer lugar, **la ideología comunista**. Prematuramente, la República parlamentaria se ve privada del apoyo del *socialismo radical*. Las fuerzas comunistas suscriben la primera declaración de incompatibilidad con la naciente República alemana. La *Weltanschauung* comunista poco tiene que ver con el concepto burgués -y escasamente revolucionario- de soberanía parlamentaria. Su exclusión provocará la irreversible división del que fuera todopoderoso movimiento obrero alemán. En segundo lugar, **la ideología nacionalista**. Prematuramente también, la *derecha nacionalista y conservadora* protagoniza una segunda exclusión del proyecto weimariano. La elaboración de la Constitución y la aceptación del Tratado de Versalles son sus causas. La *Weltanschauung* nacionalista reniega de cualquier compromiso con una República que personifica la derrota, la debilidad exterior y la imposición de valores políticos y culturales occidentales. Surge el mito de la puñalada por la espalda al ejército alemán. Así pues, desde un principio, un sector de la sociedad alemana no está dispuesto a aceptar ni la Constitución de Weimar ni el nuevo orden estatal ni tampoco a luchar por la consecución de sus objetivos políticos dentro del marco constitucional.

La historia de la República está marcada por el enfrentamiento entre la ideología de Weimar y la doble amenaza que supone para el sistema la izquierda comunista y la derecha nacionalista y conservadora. Y esto es así porque fuera de los partidos que han elaborado la Constitución -fuera de la «coalición de Weimar»- no existen proyectos alternativos que respeten la democracia parlamentaria o reconozcan la legitimidad de un Reichstag elegido mediante el voto democrático; y porque la competencia en el mercado político de los votos no consiste en formas distintas de entender, leer o articular la democracia parlamentaria. Lo que compete y está en juego en ese mercado político es el avance o retroceso del sistema mismo (la derecha conservadora o radical y la extrema izquierda no pueden ser consideradas formas de oposición democrática al gobierno; la derecha conservadora o radical y la extrema izquierda carecen de las metas propias de una alternativa política dentro de la observancia del orden constitucional vigente -confrontación electoral para relevar al gabinete y tomar las riendas del poder-).

El resultado de la pugna ideológica: el déficit democrático

La experiencia republicana se asemeja, en este sentido, a un **juego de suma cero** donde la ganancia de un jugador significa la pérdida en el otro jugador. Pues bien, el resultado del juego democrático entre 1919 y 1928 no es otro que el fracaso de los «partidos de Weimar» y el mecánico avance de las ideologías antisistema, con el

correspondiente deterioro general del sistema republicano. La República de Weimar se caracteriza por el desgaste espectacular de las fuerzas políticas que se encargaron de consensuar la institucionalización del régimen republicano y trataron de consolidar la joven democracia parlamentaria frente a las embestidas de sus detractores. Desgaste espectacular que es resultado sobre todo de la crisis electoral y política de la socialdemocracia.

La ideología de Weimar no resiste el paso del tiempo, padece una notable erosión de su apoyo social y es incapaz de insuflar nueva savia a las instituciones representativas. La sociedad alemana no revalida el proyecto de democracia parlamentaria concebido por la coalición de Weimar. Las sucesivas consultas electorales de 1920, 1924 y 1928 reflejan la pérdida de electorado y la incapacidad para recuperar las posiciones perdidas.

Incapacidad y pasividad de la ideología de Weimar

Las causas de este retroceso no son otras que la incapacidad, la ambigüedad y la pasividad en la defensa de los valores de la democracia parlamentaria. En primer lugar, incapacidad de los «hombres del régimen de Weimar» para articular una *Weltanschauung* de perfiles definidos. La defensa común de una democracia parlamentaria y social no puede ocultar las discrepancias que suscita su concreción entre socialistas, católicos y demócratas, entre marxistas y liberales, entre ateos y católicos, entre defensores de la propiedad privada y de la socialización, entre partidarios del federalismo y de la estructura centralizada del Estado, etc.

En segundo lugar, ambigüedad de los tres partidos coaligados que se traduce en la elaboración de una Constitución de consenso, que si bien es fruto del compromiso ideológico y pudo ser definida como la Constitución más libre del siglo XX, también es conocida como la Constitución de la indecisión. En tercer lugar, la diversidad de intereses representados en la coalición de Weimar establece límites ideológicos a las reformas emprendidas en la acción de gobierno. Si la modificación de las estructuras sociales y económicas se caracteriza por la modestia de la reforma agraria y de la reforma de las relaciones industriales, la estructuración de la administración civil y militar se singulariza por la ausencia de cambio alguno. Los antiguos efectivos de la administración imperial se insertan automáticamente en la administración de la República.

En cuarto lugar, es el gobierno democrático quien se responsabiliza ante la sociedad alemana de la firma del Tratado de Versalles, auténtica hipoteca de la posterior acción política democrática. En adelante, Weimar, símbolo de la conciliación nacional e internacional, encuentra su antídoto en Versalles, símbolo de la codicia internacional y de la discordia interna. La República de Weimar no libera al hombre alemán, lo encadena. La ideología de Weimar sería incapaz de desmontar el mito de Versalles y de la puñalada por la espalda a la nación alemana.

Por último, en quinto y más destacado lugar, pasividad a la hora de defender la vigencia de la democracia parlamentaria. La pasividad se traduce en la escasa aceptación de las responsabilidades que lleva implícita la acción de gobierno. La toma de decisiones queda en las manos de los partidos de la coalición. Un primer socio en el gobierno, el Partido Democrático, pretende salvarse del infortunio que supone la firma del Tratado de Versalles, rehúsa cualquier responsabilidad política, abandona el ejecutivo de la República y abre así la primera crisis de gobierno.

Incapacidad y pasividad de la socialdemocracia: el fracaso de una gestión

La incapacidad, la ambigüedad, la indecisión y la pasividad tienen en la ideología de Weimar un nombre propio: la socialdemocracia. Partido mayoritario en Alemania y pilar básico de la ideología de Weimar, la socialdemocracia es quien peor asume la responsabilidad de gobierno y quien menos acierta en la defensa de la democracia parlamentaria. La socialdemocracia es la principal organización de la Alemania weimariana. A mediados de la década la socialdemocracia está omnipresente en el tejido asociativo alemán: 33 organizaciones regionales y 9.054 de ámbito local, 152 representantes en el Reichstag y 419 en los Landtage, 4.278 diputados en organismos subprovinciales y más de 9.000 en los municipales, un millón de miembros del partido y nueve millones de votantes. El comportamiento de la todopoderosa organización socialdemócrata resume todos los vicios y errores de la democracia alemana.

La socialdemocracia sostiene desde los albores de la República -en oposición al socialismo radical- que la legitimidad del poder descansa en el recurso al voto democrático depositado en las urnas y destinado a la elección de los representantes de la soberanía popular en el Parlamento. El Reichstag es el centro neurálgico de la República de Weimar y el punto de partida de la progresiva transformación socialista de Alemania. A partir de aquí la socialdemocracia contrae un doble compromiso con la sociedad alemana. Como gobierno, los socialdemócratas se comprometen a satisfacer las necesidades de las masas. Como partido, la socialdemocracia se obliga a contribuir a la estabilidad republicana frente a cualquier intento de desestabilizar la incipiente democracia. El doble compromiso se salda con un doble fracaso. El balance de la actuación de la socialdemocracia es tal que millones de alemanes llegan a la conclusión de que la socialdemocracia debe modificar el tradicional lema socialista, *Vorwärts, Adelante*, por otro más acorde con su comportamiento real, *Rückwärts, Atrás*.

La bondad y eficacia del sistema propuesto por la socialdemocracia -en general la ideología de Weimar- dependía del cumplimiento de dos condiciones básicas. Primera, el voto en las urnas en favor de la socialdemocracia. Segunda, la gestión del voto por los representantes socialdemócratas electos en un sentido socialista. El primer requisito se cumple con creces. La petición socialdemócrata de respaldo político es satisfecha por una sociedad que encarama a la socialdemocracia

a la condición de partido más votado en el transcurso de los años veinte, si bien no alcanza la mayoría absoluta. En las primeras elecciones republicanas, la socialdemocracia recibe más de 11 millones de votos. Uno de cada tres votantes es socialdemócrata. Cumplido el primer requisito, son los representantes en el Reichstag quienes deben emplear el caudal político y materializar las aspiraciones del electorado. Sin embargo, la gestión socialdemócrata tiene la virtud de dividir a su electorado en dos: seis millones de alemanes renuevan su confianza en el partido y otros tantos -cinco millones y medio de votantes- dan la espalda al proyecto republicano y se orientan más a la izquierda hacia una alternativa antisistema.

La acción de la **socialdemocracia como gobierno** incurre en *errores* que van a provocar un efecto diametralmente opuesto al esperado: en vez de ser un trampolín que impulse la construcción pacífica del socialismo en Alemania, la gestión socialista es una rémora para la obtención de la mayoría parlamentaria. La retórica socialista apunta hacia una demoledora mayoría electoral que garantice la ruptura con el pasado en materia política y económica y el tránsito al socialismo. La praxis socialista apunta en otra dirección. El deseo de consensuar con sectores liberales y centristas el contenido de la democracia parlamentaria impulsa a los dirigentes socialdemócratas a la búsqueda de un compromiso mucho más generoso del requerido por los resultados electorales.

Para muchos alemanes las promesas de la socialdemocracia fueron simples pompas de jabón, y como tales ligeras e ilusorias: los funcionarios encargados de velar por la democracia eran los antiguos servidores imperiales; el comportamiento cotidiano de jueces y fiscales no parecía ajustado a la vigente legalidad democrática y republicana; el ejército había salido reforzado de la revolución y la institución militar no pierde un ápice de su significado en la vida pública (Groener en el invierno de 1918-19, Kapp en la primavera de 1920, y Von Seeckt desde entonces recordaron que las normas de la sociedad civil republicana no comprometían a los cuadros militares); la reforma agraria al Este del Elba (Pomerania y Prusia Oriental) no había debilitado las bases del extraordinario poder económico y político de los junkers o grandes propietarios; la reforma de las relaciones industriales no variaba la correlación de fuerzas entre el trabajo y el capital. La pregonada socialización quedaba en entredicho. Incluso uno de los logros más aireados de la República como fue la introducción de la jornada laboral de ocho horas también habría de resultar efímero ante las reivindicaciones empresariales. Así pues, 11 millones de votos no habían servido para modificar sustancialmente las estructuras del antiguo régimen ni para materializar la pretendida transformación de la sociedad alemana. Los resultados electorales de 1920 castigaron con dureza el comportamiento de la socialdemocracia como gobierno.

Mayor trascendencia tiene el fracaso de la **socialdemocracia como partido** garante de la democracia parlamentaria. Tras el descalabro político de 1920, la socialdemocracia adopta una desafortunada estrategia: la organización socialista considera que la fórmula más adecuada para resarcirse de la derrota política y para

recuperar la credibilidad perdida no es otra que eludir cualquier responsabilidad en el gobierno nacional. El comportamiento de la organización socialdemócrata corre el riesgo de desnaturalizar ante el electorado el valor de la democracia parlamentaria. En primer lugar, el voto en las urnas sirve para que la socialdemocracia sea el partido más votado, pero no para que la formación política asuma la responsabilidad de gobierno. En los diez primeros años de experiencia republicana, la socialdemocracia sólo ejerce el poder durante 2 años y 8 meses, siempre en la posguerra, y desde octubre de 1923 hasta junio de 1928 el principal partido alemán desestima participar en cualquiera de los siete gabinetes que se suceden al frente de la República. La dirección del partido no se cansa de renovar una y otra vez su compromiso con la democracia parlamentaria -«nosotros, los socialdemócratas, somos los verdaderos pilares de la República democrática y debemos defenderla con todas nuestras fuerzas»-, pero la dirección del partido decide a continuación ocupar los asientos de la oposición parlamentaria. En segundo lugar, a tenor de que la socialdemocracia es el pilar de la coalición de Weimar y de que la ideología de Weimar es la única que acepta el sistema de democracia parlamentaria, el voto democrático sirve para que los sucesivos gobiernos de la República estén compuestos por formaciones políticas que han rechazado por principio el sistema republicano.

En definitiva, la socialdemocracia, principal apoyo de la democracia parlamentaria, no encuentra mejor argumento para defender el sistema republicano que pasar a la oposición y permitir con su pasividad que fuerzas minoritarias y críticas de la democracia parlamentaria tomen las riendas del poder. Tal es el sentido de la debilidad de la ideología de Weimar.

Una democracia al revés: la paradoja de la democracia alemana

El fracaso de la ideología de Weimar conduce casi mecánicamente al triunfo de las opciones antisistema, especialmente la derecha nacionalista. La democracia alemana se resiente y ofrece un claro deterioro de sus rasgos vitales en el curso de los años veinte. Del saldo del enfrentamiento ideológico entre opciones excluyentes se sigue un déficit democrático perceptible en el terreno institucional, económico, social y cultural.

1. *El deterioro de las instituciones democráticas.* Las instituciones republicanas son escenario de la *retirada de las fuerzas democráticas* y del ascenso de las opciones antidemocráticas, en especial, la derecha nacionalista⁸. Así lo refleja, primero, la *fisonomía del Reichstag*, que experimenta un sensible cambio entre 1919 y 1928. La legitimidad del Parlamento, símbolo por excelencia de la República, es prematuramente cuestionada por las fuerzas antisistema.

⁸ DÍEZ ESPINOSA, J.R., *Sociedad y cultura en la República de Weimar*, op. cit., pp. 123-163 y 203-217.

La forma concreta en que se manifiesta el rechazo a la institución parlamentaria varía con los años. El sistema republicano es amenazado desde fuera de la legalidad durante la posguerra (1919-1923). Tanto la derecha nacionalista como la izquierda comunista recurren al *putschismo*: a instancias de Moscú, el partido comunista alienta sucesivas tentativas golpistas en 1919, 1920 y 1923; por su parte, la derecha nacionalista más radical (Hitler) fracasa en su empeño de poner fin a la República de Noviembre en 1923. Combinado con el ataque desde el exterior, derecha nacionalista e izquierda comunista recurren a la oportuna estrategia electoral y parlamentaria. Con suerte diversa se trata de minar el sistema desde dentro, acudiendo a su centro neurálgico, el Parlamento. La participación en el procedimiento electoral y parlamentario no implica necesariamente el reconocimiento de su legitimidad. La acción conjunta de las debilidades de la ideología de Weimar y el avance de las ideologías nacionalista y comunista supone un deterioro del talante democrático del Parlamento: mientras en 1919, el 80% de los diputados pertenecía a la ideología de Weimar, a mediados de los años veinte sólo el 45% de los diputados se adscribe a la misma. Las dos opciones antidemocráticas conforman la mayoría en el Parlamento, aunque entre sí sean excluyentes.

Tampoco *el ejecutivo* atiende con precisión al proyecto inicial. Frente a un gobierno mayoritario y defensor de la democracia parlamentaria, el ejecutivo de la República presenta como características más acusadas *la inestabilidad, la debilidad y la presencia* de fuerzas antidemocráticas, características relacionadas con el estrecho margen de diálogo que se conceden entre sí los partidos. *Inestabilidad* porque desde las elecciones de 1919 a las elecciones de mayo de 1928 se suceden hasta 15 gobiernos con una duración media de siete meses. *Debilidad* porque la búsqueda de gabinetes que disfruten de mayorías parlamentarias deja de ser una práctica usual en la democracia parlamentaria de la República de Weimar: hasta 11 de los 15 gobiernos son minoritarios y si se mantienen temporalmente lo es por la pasividad o la tolerancia de las fracciones mayoritarias de la Cámara. *Presencia de fuerzas antisistema* porque la coalición de Weimar monopoliza el poder sólo en 21 meses entre 1920 y 1928. Gracias a la permisividad de la socialdemocracia, el resto del mandato republicano conoce la entrada en el gobierno de uno, dos y hasta tres partidos antisistema.

La *Presidencia de la República* sufre una metamorfosis similar. Dada la correlación de fuerzas existente, las elecciones a la Presidencia de la República de 1925 se saldan con la derrota del candidato de la ideología de Weimar y con el nombramiento del representante de la derecha nacionalista. *La elección presidencial simboliza la parálisis de la democracia alemana*: el presente de Alemania (ideología de Weimar) es denostado por los visionarios del futuro (candidato comunista) y por los nostálgicos de pasadas glorias (candidato nacionalista). El socialdemócrata Ebert es reemplazado por el mariscal Von Hindenburg. La derecha nacional prosigue su marcha ascendente hacia el poder. Las primeras medidas del Presidente electo no tienen desperdicio. Los símbolos del pasado retornan sin reparo alguno: se aprueba una indemnización a las monarquías depuestas (el káiser Guillermo II encabeza la

lista de agraviados) y se permite el uso de la antigua bandera imperial -no la republicana- en ciertos actos oficiales. Se inicia en Alemania la guerra de las banderas.

Por lo que hace referencia a otras *instituciones republicanas, las no electivas*, la ausencia de reformas ya señalada permite la automática incorporación de los funcionarios civiles y militares del Imperio a las estructuras de la República. El ejército imperial se convierte en el defensor de una República en la que no cree y a la que atribuye la debilidad alemana tras Versalles. El Ejército se comporta como un Estado dentro del Estado democrático. La República será consentida pero no apreciada. Si en la posguerra una parte de la oficialidad protagoniza esporádicos levantamientos fallidos contra el gobierno democrático, a partir de 1924 el ejército republicano -la *Reichswehr*-, se mantiene independiente de la República y por encima de la democracia parlamentaria de partidos. Los jueces del Imperio, por su parte, serán los encargados de aplicar el derecho republicano. Los procesos judiciales más llamativos de la década constituyen otros tantos ejemplos de la escasa complicidad de los jueces con la ideología de Weimar.

2. *La ambigüedad y polivalencia de la cultura de Weimar*. La afamada cultura de Weimar ilustra a la perfección la paradoja o la confusión que domina la democracia alemana: al amparo de la libertad que instaura el sistema democrático se desarrolla una cultura en buena medida antidemocrática. *La cultura de Weimar es el Jano de dos caras*⁹.

En una primera cara, *la libertad que permite el sistema político* favorece el desarrollo de una cultura sin parangón en la Europa de los años veinte por la que se ha llegado a identificar la República de Weimar como la Grecia del siglo XX: sólo entre muchos otros, los hermanos H. y T. Mann, B. Brecht, A. Döblin, E. Piscator, O. Dix, G. Grosz, W. Gropius, P. Klee, A. Einstein, M. Planck, K. Jaspers, M. Heidegger, E. Jünger, F. Lang, R. Wiene, etc. La cultura de Weimar presenta a este respecto una doble vertiente. Una de ellas se refiere a los *logros artísticos o científicos*. La Bauhaus es el símbolo de una República que sirve de escenario para el desarrollo de la experimentación científica (física, matemáticas, química, medicina), el florecimiento de las humanidades (historia del arte, filosofía, psicología), el despliegue de las vanguardias artísticas (poesía, prosa, teatro, pintura), etc. La otra vertiente de la cultura de Weimar se extiende a los problemas de una *cultura de masas en la era democrática*. En este caso, Metrópolis de F. Lang se erige en el símbolo de una República convertida en un *Estado del entretenimiento* (deporte, cine, teatro, música, radio, etc.). Aparecen singulares comportamientos en el tiempo libre e irrumpen y emprenden una marcha triunfal los viejos y nuevos medios de comunicación (prensa, radio y cinematógrafo).

Pero Jano ofrece también otro rostro. *Esta cultura de Weimar poco contribuyó a acrecentar el prestigio de la República y a lograr la estabilización de la democracia*

⁹ DÍEZ ESPINOSA, J.R., *Sociedad y cultura en la República de Weimar*, op. cit., pp. 219-251 y 301-329.

parlamentaria. Que el sistema político garantizara unas condiciones básicas para la actividad artística o intelectual sólo supo valorarse suficientemente a posteriori, pero no en tiempos de la República. Tanto la cultura de elites como la cultura de masas no escapan del enfrentamiento ideológico que desgarró la República de Weimar. Numerosos exponentes de la cultura de Weimar ejercieron una crítica mordaz contra la forma concreta del orden estatal republicano y distaron mucho de identificarse con la República de Weimar. Desde ambientes muy diversos se sometió a una profunda crítica la esencia misma del sistema que los ampara. En este sentido, *la cultura de Weimar no fue tanto una cultura de la República sino más bien una cultura alemana en la época de la República de Weimar*.

En primer lugar, la comunidad científica e intelectual se opone a la ideología de Weimar. La intelectualidad comunista que deposita sus esperanzas en la Rusia soviética y la intelectualidad conservadora que aglutina la denominada *revolución conservadora* someten a la República a una crítica sistemática: historiadores y juristas descalifican el régimen político y pregonan soluciones presidenciales y extraparlamentarias; físicos y matemáticos reniegan de la razón como instrumento epistemológico y adecúan sus disciplinas al dominio de la intuición y el azar -la casualidad contra la causalidad-; escritores y comentaristas denuncian el dominio de los valores extranjeros y defienden a ultranza la permanencia de la especificidad alemana, el *Sonderweg*. La marea de la filosofía vital inunda los terrenos de la razón.

Lo mismo sucede, en segundo lugar, con la cultura de las masas. La espectacular evolución de viejos y nuevos medios de comunicación y esparcimiento hacen de Alemania un *Estado del entretenimiento*. Pero el ingente potencial de infraestructura del entretenimiento sirve de vehículo para la movilización política de las masas, contribuye sobremanera a crispar el tono de la convivencia, y acentúa los antagonismos entre los republicanos. Cualquier *manifestación recreativa no sólo sirve para el esparcimiento sino que también ocupa un lugar de privilegio en el proceso de formación y educación política*.

La ideología de Weimar y las ideologías antisistema no desaprovechan la menor oportunidad de politizar las actividades del tiempo libre. Se desarrolla un deporte obrero que combate el sentimiento de sumisión e inferioridad. Las corales obreras, la comedia musical y el cabaret se emplean como armas arrojadas contra los valores de la decadente civilización burguesa. Del teatro emana un mensaje nacionalista (antifrancés) o de lucha de clases (Piscator). La lectura cumple asimismo su función ideológica: de las bibliotecas populares y las editoriales socialistas a los grupos de prensa nacionalista. La recién creada radiodifusión alemana cae bajo las redes de las grandes ideologías del momento: la defensa del ideario propio y la exclusión del ideario ajeno pasa por la fundación de asociaciones (Liga Alemana de Radio Obrera, Liga Radiofónica Libre) o por la compra de espacios propagandísticos en las emisoras de radio. El cine, entretenimiento preferido por las masas alemanas, sirve también como instrumento de beligerancia y defensa del sistema democrático: desde la UFA controlada por el prusiano conservador A. Hugenberg a la creación de

organismos de producción y distribución propios de la socialdemocracia y el partido comunista.

La utilización del tiempo libre en la lucha en favor de la respectiva ideología y en contra de las demás tiene su más sofisticada expresión en las asociaciones paramilitares. Es en las calles de Alemania y no en el Reichstag de Berlín donde se legitiman las opciones políticas. Se asiste a la extraparlamentarización de la vida política y a la militarización de la sociedad alemana. Cada ideología funda su respectiva asociación y dispone así de un brazo militar que populariza su ideario con argumentos tan escasamente dialécticos. Alemania se llena de imágenes y palabras, de sonidos y olores al servicio de un ideal. El primer paso en la militarización de la sociedad es ejecutado por la ideología nacionalista cuya hostilidad al régimen republicano se traduce en la aparición ya en la posguerra de organizaciones paramilitares. En tanto el partido nacional-alemán funda los *Cascos de Acero*, el partido nacionalsocialista funda las *Secciones de Asalto*. A modo de réplica a la derecha nacionalista, la ideología comunista avanza un paso más con la formación del *Frente Rojo*, asociación de combate que aglutina a simpatizantes proletarios frente al parlamentarismo burgués. Finalmente, la ideología de Weimar hace lo propio. A través de la socialdemocracia, la defensa de la República se encarga a una formación que responde al significativo nombre de *Bandera del Reich negra, roja y oro*. Cascos de Acero, Secciones de Asalto, Frente Rojo y Bandera del Reich componen los cuatro movimientos de la sinfonía paramilitar y extraparlamentaria de la República de Weimar.

Tercer Argumento: la relectura de la crisis de 1929-1933

De la exposición anterior puede concluirse que el proyecto inicial de la República de Weimar se ve diezmado de apoyos institucionales y políticos, culturales y sociales. Las ilusiones en el ideal republicano se han desvanecido en gran parte. Y esto es así ya en 1929, momento en que «el partido de Hitler era todavía, con su docena de diputados en el Reichstag, un miserable grupito». En cualquier caso, la revisión de la historia de la República de Weimar se completa con un tercer argumento relativo a la lectura del periodo 1929-1933 y a la mitificación del 30 de enero de 1933 como inicio del fin de la experiencia democrática alemana.

La irrupción desde 1929 de la crisis financiera y bancaria, la crisis industrial y agrícola, la imparable caída del empleo y la reducción de rentas entre los que conservan el puesto de trabajo sitúan las condiciones de vida bajo mínimos y plantean una notable dificultad añadida al mantenimiento de la convivencia democrática. No obstante, es posible que la relación generalmente admitida a propósito de la transformación antidemocrática del poder en Alemania deba ser matizada¹⁰.

¹⁰. DÍEZ ESPINOSA, J.R., *Sociedad y cultura en la República de Weimar*, op. cit., pp. 334-410.

La gestión de la crisis económica corre a cargo de una Gran Coalición formada en 1928 con la participación de los tres partidos de la ideología de Weimar y un cuarto partido, los populares de Stresemann. Como gran novedad, la socialdemocracia retorna al poder tras su prolongada estancia en la oposición desde 1923. Aquí terminan las novedades porque muy pronto la gestión del gobierno dirigido por el socialdemócrata Hermann Müller se ve envuelta en las mismas notas que han definido la democracia alemana desde la posguerra. La cultura política de la República de Weimar no experimenta cambios sustanciales durante la crisis.

Los últimos años de la década de los veinte aportan renovados argumentos al enfrentamiento ideológico. En primer lugar, la **ideología nacionalista** no desaprovecha ocasión alguna para *identificar la República de Weimar con la opresión extranjera* y desata en 1929 una amplia campaña de oposición al gobierno de la República para denunciar el Plan Young. Elaborado por Francia y Gran Bretaña, el Plan Young pretendía regular de manera definitiva el problema de las reparaciones de guerra alemanas y acuerda el reparto del pago de las reparaciones en 59 años (1929-1988). El Plan Young es denunciado por la derecha nacionalista que considera la rúbrica un nuevo acto de servidumbre de la República alemana ante la codicia occidental. La derecha nacionalista forma un Bloque o Frente Nacional Unido y difunde un «proyecto de ley contra la esclavización del pueblo alemán» y en favor de la anulación del Tratado de Versalles. Asimismo, se organiza un referéndum popular en todo el Reich que impida su ratificación. El referéndum propuesto se salda con un fracaso para sus promotores y un voto de confianza -el último- para el gobierno republicano.

En segundo lugar, la **ideología comunista** refuerza sus *argumentos contra la democracia parlamentaria y arremete con mayor dureza contra la socialdemocracia*. Hacia 1928, ante el peligro de que el fascismo se extendiera por Europa, la Internacional Comunista eleva a la categoría de dogma la tesis del *socialfascismo*. Según esta tesis, «el fascismo y la socialdemocracia son sendos instrumentos de la dictadura del gran capital». Socialdemocracia y fascismo son organizaciones mellizas. El comunismo alemán pone en práctica desde entonces la táctica de «clase contra clase», es decir, la negativa a cualquier tipo de alianza con la socialdemocracia. El partido socialdemócrata alemán se convierte en el enemigo principal del movimiento comunista internacional.

En tercer lugar, la **ideología de Weimar**, que ahora ocupa el ejecutivo, sigue haciendo gala de su debilidad por la *ambigüedad de los partidos coaligados* en el gobierno, la *renuncia de la socialdemocracia* a sus responsabilidades, y la *escasa capacidad de compromiso* entre los partidos para gestionar la crisis. La socialdemocracia no logra corregir errores pasados en su vuelta al poder ejecutivo de la República. La socialdemocracia tropieza de nuevo a la hora de compaginar las prioridades políticas y poner en práctica las promesas electorales. Otra vez media un abismo entre la retórica y la praxis socialista y se reabren las heridas en el seno de la organización y del electorado. El partido católico, por su parte, se ve salpicado por la

crisis interna. La renovación de la dirección del partido se salda con el triunfo de las tesis contrarias a la negociación con los socialistas y proclives al entendimiento con la derecha alemana. El viraje del centro católico está servido. Finalmente, el partido popular sufre la pérdida de Gustav Stresemann, ancla de los populares a la ideología de Weimar y a los pactos con la socialdemocracia. Con su muerte, desaparece el último obstáculo para el completo alineamiento de los populares con la derecha nacional.

En la gestión de la crisis económica y social cada formación política concibe a los demás partidos como enemigos y no como aliados. Cada socio en el gobierno renuncia a negociar el modelo particular de superar la crisis social y económica. Las medidas propuestas por cada partido son conquistas irrenunciables de sus representados. La clave consiste en hacer recaer el peso de la financiación de la crisis sobre las espaldas del electorado ajeno. En un extremo de la coalición, el modelo socialista trata de evitar, bajo la presión de los sindicatos, reformas que afecten en exceso a las clases más humildes o que reduzcan las prestaciones a los parados. En el otro extremo de la coalición, el modelo de los populares pretende superar la crisis a través de medidas que favorezcan la formación de nuevos capitales: reducción salarial, desgravaciones fiscales para la industria, disminución de las cargas sociales, etc. La Gran Coalición se muestra incapaz de resolver en términos solidarios el coste social de la depresión. La crisis interna se cierra con la dimisión del gobierno Müller el 27 de marzo de 1930 tras serle retirada la confianza al canciller por su propio partido. *La caída del gabinete de la Gran Coalición marca la cesura fundamental en la historia de la República de Weimar.*

La dimisión del gobierno Müller supone la quiebra efectiva de la democracia parlamentaria alemana. Conviene aclarar, sin embargo, el alcance de la ruptura democrática. Es obvio que con la caída de Müller no concluye la República de Weimar ni tampoco pierde vigencia la Constitución de 1919; de hecho, la Constitución republicana nunca fue formalmente derogada. Por otra parte, que los posteriores gabinetes carecieran de respaldo mayoritario en el Reichstag no supone una gran novedad. Los gobiernos presididos por Brüning, Von Papen, Von Schleicher y Hitler entre 1930 y 1933 tienen como denominador común el que los partidos representados en el ejecutivo no disponen de mayorías parlamentarias. Su mantenimiento dependió de la tolerancia de la Cámara, tolerancia que bien podía ser ofrecida por la socialdemocracia. En este sentido, la caída del gobierno Müller no rompe con la estricta tradición del parlamentarismo republicano de permitir gobiernos en minoría sostenidos por la tolerancia del Reichstag.

La caída de Müller sí debe identificarse con la quiebra de la democracia en la medida en que el sistema concebido en Weimar deja definitivamente de tener validez. El Parlamento, órgano soberano de la democracia alemana y expresión del voto democrático en las urnas, es apartado de la toma de decisiones políticas. La legitimidad de la acción política se desplaza del Parlamento a la Presidencia de la República. Es ahora cuando las ideas de la *revolución conservadora* a propósito de

soluciones extraparlamentarias encuentran eco en las más altas instancias de la República. La luz de Weimar se extingue.

El tránsito desde la democracia parlamentaria al presidencialismo dispone de dos instrumentos ajenos a la práctica parlamentaria y a la legitimidad de las urnas: los artículos 48 y 25 de la Constitución por los cuales el Presidente de la República puede nombrar canciller -aunque éste carezca de respaldo alguno en la Cámara-, puede legislar al margen del Parlamento mediante decretos-ley, y puede eliminar cualquier resistencia del Reichstag a semejante imposición mediante la disolución del Parlamento y la concesión de «vacaciones forzosas».

A modo de conclusión

Año 1930. El Parlamento ni legisla ni controla al ejecutivo. Se inicia el tránsito del parlamentarismo al presidencialismo cuando el partido nazi sólo dispone de una docena de escaños en el Reichstag. Será bajo el dominio del presidencialismo, a partir de 1930, cuando se produzca una gran mutación en la correlación de fuerzas políticas alemanas. El cambio no afectará tanto a la ideología comunista o a los partidos de la ideología de Weimar, en minoría desde hacía tiempo, como a las formaciones que integran la derecha nacionalista: se testimonia ahora la desaparición de los tradicionales portavoces de la derecha antidemocrática alemana y su fulminante sustitución por nuevos dirigentes nacionalistas (el nacionalsocialismo).

El balance de la crisis final de la democracia alemana no consiste tanto en la sustitución del discurso democrático por otro de naturaleza antidemocrática como en el relevo y el reemplazo de un discurso antidemocrático por otro también antidemocrático de nuevo cuño. *Hitler constituye la cuarta elección del Presidente de la República, no la última elección de la democracia parlamentaria.* El 30 de enero de 1933 es un punto y seguido en la búsqueda de soluciones.